

## DON JOSÉ LÁZARO, EDITOR

Por Hipólito Escolar

En 1888, al cumplir los 26 años, llegó a Madrid, procedente de Barcelona, don José Lázaro Galdiano, dispuesto a triunfar en la corte, lo que para él se traducía en ser bien recibido en sociedad, acrecentar su fortuna y tratar a los hombres de letras cuyos libros conocía por su afición a la lectura. En una carta a *Clarín* (1889) le manifestaba: «Conozco, por sus libros, a todos los que, con o sin razón, han escrito algo en España. He leído mucho y he aprendido poco y tengo, más que entusiasmo, delirio por las letras. Por eso, al resolver trasladarme a Madrid, pensé primero en no hacer nada y después en hacer *La España Moderna*, que me ocupa el día y la noche enteros»<sup>1</sup>. *La España Moderna*, como vamos a ver, fue el nombre de una revista, así como el de una editorial de libros que surgió a su resguardo.

No lejos de la vivienda de don Juan Valera y de la del general Martínez Campos, en el principal del número 16 de la Cuesta de Santo Domingo, estableció Lázaro, en expresión de Rubén Darío<sup>2</sup>, su *garçonnière*, que fue llenando de obras de arte muy valiosas. Allí recibía a los colaboradores de *La España Moderna*, a sus amistades y a viajeros ilustres. No gustaba de tertulias ni de peñas a las que solían acudir los escritores, y cuando salía a la calle era para pasear, ir a una biblioteca o a escuchar una conferencia. Se haría famosa la recepción que ofreció con motivo de las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América, a cuya brillantez colaboró publicando artículos en la revista y libros en la editorial.

En Roma conoció a una dama argentina, Paula Florido, muy rica, bella, simpática y aficionada al arte y al coleccionismo como él, y pasó a ser su cuarto marido (1903). El nuevo matrimonio estableció su residencia en un palacete de la calle Serrano, al que dieron el nombre de Parque Florido. Aquí se fueron reuniendo las obras de arte que la pareja, a porfía, buscaba cada día con mayor entusiasmo.

Viajó mucho y dio, ocasionalmente, algunas conferencias, en las que se expresaba con soltura y no precisaba cuartillas o guión. Unamuno dice que era un encanto hablar con él de arte y literatura. Tuvo una memoria firme, incluso en la vejez.

Fue patrono del Museo del Prado desde la creación del patronato (1912) hasta que dimitió. Escribió algún que otro prólogo, publicó algunos folletos

<sup>1</sup> Rodríguez Moñino, Antonio: «Clarín y Lázaro. Un pleito entre escritor y editor (1889-1896)», en *Bibliofilia* V.

<sup>2</sup> «Una casa museo», en *Don José Lázaro (1862-1947) visto por Rubén Darío (1899) y Miguel de Unamuno (1909)*. Nota preliminar de A. Rodríguez Moñino, Valencia, 1951.

de arte en los años veinte y escribió para la revista una sección, «Revista general», en los primeros números.

Unamuno, su gran amigo, pensaba<sup>3</sup> que no fue propiamente un intelectual, aunque terminó siendo uno de los grandes benefactores de la intelectualidad en España. Fue, según el catedrático salmantino, un hombre de mundo, de fe, a prueba de desengaños, leal y franco, bueno, cariñoso, desprendido, generosísimo, de gran delicadeza moral, pero, añadimos nosotros, de una fuerte personalidad, poco dispuesto a dar su brazo a torcer y sensible al halago y a la vanidad.

El nombre de la empresa editorial es definitorio de sus propósitos: la modernización de España entendida como su europeización, asunto que preocupaba entonces en realidad únicamente en ciertos círculos minoritarios y universitarios comprometidos con la Institución Libre de Enseñanza. Todavía no era un problema nacional como lo fue una década más tarde cuando sobrevino el desastre del 98 y se generalizó en los círculos superiores la preocupación por la regeneración nacional.

Quería que la revista *La España Moderna* «fuera a nuestra patria, y en general a los países que hablan nuestra lengua, lo que a Francia la *Revue des deux mondes*: suma intelectual de la edad contemporánea»<sup>4</sup>. Debía de pensar, con evidente optimismo, que en España y en América española había suficientes personas (médicos, abogados, catedráticos, políticos y escritores) con inquietudes intelectuales, deseosos de conocer la literatura extranjera reciente y de formarse criterios sobre los grandes problemas de su tiempo y no exclusivamente de los nacionales tratados insistentemente por la prensa.

Las personas cuya opinión pesaba en la vida nacional precisaban, para la formación de sus propios criterios, información autorizada, recogida principalmente en publicaciones extranjeras y redactada por especialistas de renombre. La información debía completarse con unos buenos textos literarios, de poesía y narrativos, que servirían de distracción y descanso espiritual. Curiosamente excluyó el teatro, que gozaba de tanta boga por aquel entonces, hasta el punto de que sus cultivadores recibían la mayor consideración, unos, los cultivadores del teatro burgués, en los medios académicos y, otros, los que creaban el chispeante género chico, en los populares. Sin embargo, publicó tres dramas de Ibsen.

Revista amplia y hondamente liberal, su conjunto es el monumento más sólido a la cultura española de la última década del siglo XIX y primera del XX, según Unamuno<sup>5</sup>. Fue un castillo roquero de la libertad de conciencia en el mundo pacato de la Restauración, donde la autocensura de los directores de los periódicos era más dura que la gubernativa.

Quedó, de propósito, a medio camino entre la pura revista literaria y la erudita. Lázaro, según sus palabras, deseaba una revista escrita por españoles y por extranjeros que se ocuparan sólo de las cosas de España. No le interesaba la lingüística ni cosa semejante porque tenía media docena de lectores. Prefería cuentos o cuadros de costumbres completamente inéditos, como los

<sup>3</sup> «Un forjador de cultura», en *idem*.

<sup>4</sup> Nota editorial en la cubierta del primer número de *La España Moderna*.

<sup>5</sup> V. nota 3.

artículos. La razón era que el público docto escaseaba y que el noventa y nueve por ciento de los suscriptores de revistas preferían lo ameno, lo anecdótico y la actualidad<sup>6</sup>. La ciencia no la tragaba nadie y había que decidirse por ella o por los suscriptores. Opinaba que la muerte temprana de tantas revistas se debía a la publicación de artículos sabios y profundos.

Lázaro no estaba introducido en los medios intelectuales madrileños y, como encargada de las relaciones públicas, para entrar en contacto con los escritores y asesorarle en la contratación de los colaboradores, encontró a una mujer que dominaba este ambiente y estaba al tanto de las novedades y movimientos literarios nacionales y foráneos, especialmente de los parisinos. La fémica era la famosa novelista y polemista doña Emilia, Condesa de Pardo Bazán, gran lectora desde niña, y mujer, al decir de Cejador<sup>7</sup>, de varoniles arrestos, que tan sólo mostraba su condición femenina en cierto comezón para seguir las modas literarias. Sentía una especial atracción por meterse en todo, entender de todo y fallar de todo. Consecuentemente nada podía serle más grato que marimandonear a Lázaro, sugerirle temas y textos, recomendarle a escritores, ser la madrina de éstos y ofrecerles colaboraciones bien pagadas.

Su pluma fácil estaba siempre dispuesta al servicio de causas justas o de actualidad, como los derechos de la mujer, que defendió en una serie de artículos, *La mujer española*<sup>8</sup>, y en el titulado *La cuestión académica*<sup>9</sup>, en los que se batía por el derecho de la mujer, y concretamente el suyo, a alcanzar un sillón en la Academia Española. Estaba convencida de su derecho a entrar en la Academia y dispuesta a declararse candidato perpetuo. Quería que su candidatura representara para los derechos femeninos lo que el pleito que los Duques de Medinaceli ponían a la Corona cuando vacaba el trono. Echaba en cara a los académicos que no quisieran tener a su lado ninguna mujer para poder seguir contándose chascarrillos un poco picantes y muy salados y denunciaba la postura de un académico machista que habló «de que primero había que entrar en quintas».

También estaba dispuesta a discutir o exponer temas literarios, como los agrupados bajo el nombre de *La cuestión palpitante*<sup>10</sup> sobre el naturalismo, que en Francia surgió y gozó de actualidad gracias principalmente a Zola, o las conferencias dadas en el Ateneo madrileño sobre los escritores rusos, que acababa de descubrir en una última estancia en París, donde trató a los escritores franceses más famosos. Su influencia en *La España Moderna*, debida a su amistad, que algunos creyeron íntima, con Lázaro, pues estaba la apasionada doña Emilia entonces en todo su esplendor de mujer próxima a la cuarentena y él era hombre inteligente y de buena planta; su influencia, digo, explica la orientación de la editorial en sus comienzos, que se inició con la publicación de biografías de escritores franceses y de novelas y otras obras

<sup>6</sup> Manuel García Blanco, «Unamuno, traductor y amigo de José Lázaro», en *Revista de Occidente*, octubre 1964.

<sup>7</sup> Cejador y Frauca, Julio: *Historia de la lengua y literatura castellanas*, tomo IX, Madrid, 1918.

<sup>8</sup> *La España Moderna*, mayo, junio, julio y agosto 1890.

<sup>9</sup> Idem, febrero 1889.

<sup>10</sup> Madrid, 1893.

de escritores franceses y rusos. En cambio, no se incluyeron novelistas ingleses, quizá porque a doña Emilia le aburrían y su lectura le hacía bostezar, según confesión propia.

Otra persona que colaboró con Lázaro fue Miguel de Unamuno<sup>11</sup>, al que descubrió tempranamente e invitó a trabajar para él cuando era un perfecto desconocido hasta el extremo de que, al ver su firma, *Clarín* pensó en un seudónimo. Esta temprana invitación le granjeó el agradecimiento y la amistad constante de Unamuno, quien creía que quizá sin su invitación no se hubiera decidido a escribir.

Lázaro pensaba que le serían tan útiles sus conocimientos que trató de convencerle de que abandonara su provinciana Salamanca y se estableciera en Madrid, donde tendría en su casa un puesto y un sueldo fijos.

En la revista publicó Unamuno lo más suyo. Inició la colaboración con un artículo («La enseñanza del latín en España») en 1894 y la terminó con el poema *Aldebarán*, en 1909. En total fueron 35 colaboraciones. Dentro de ellas destacan dos series de artículos, la publicada *En torno al casticismo*, aceptada gustosamente por Lázaro a pesar de su estilo rudo y su construcción un tanto arbitraria, según declaración del propio Unamuno; y la que después constituyó el libro *Del sentimiento trágico de la vida*.

La colaboración de Unamuno se orientó también al campo de las traducciones, hechas unas *pro pane lucrando* y otras con más gusto, casi por libre impulso. Del alemán tradujo *La Historia de la literatura castellana y portuguesa*, de F. Wolf, a la que Menéndez Pelayo puso notas y adiciones, y *Estética, expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo*, de Karl Lemcke. Del inglés, el *Sumario de derecho romano*, de G. A. Hunter, a la que prologó; *Historia de la economía política*, de John Kells Ingram; quizá un *Tratado de física*, de Balfour; siete tomos de las obras de Spencer, a los que Unamuno puso el título: *La beneficencia, El organismo social, El progreso, su ley y su causa, Exceso de legislación, De las leyes en general y Ética de las pasiones*. La obra de Spencer le influyó, según confesión del propio Unamuno, como también la de Carlyle, del que tradujo su *Historia de la Revolución Francesa*, en tres volúmenes. Aunque las ideas de Carlyle le parecían de extremada pobreza y nada originales, le impresionó su manera de expresarlas y su estilo. Consideró la traducción una hazaña, en la que tuvo que acudir a los mismos recursos de creación de palabras que usó con generosidad Carlyle.

Unamuno pudo corresponder con largueza a la amistad de Lázaro en 1909 cuando éste le pidió que escribiera en *La Nación*, de Buenos Aires, un artículo sobre su persona y su obra para no llegar a la patria de su mujer como cualquier emigrante sin fama. La respuesta fue «Un forjador de cultura»<sup>12</sup>, donde describía y alababa su trabajo de editor resaltando, al mismo tiempo, la gran aportación cultural de *La España Moderna*.

Otro de los colaboradores que buscó con interés Lázaro, aunque la colaboración duró poco tiempo y acabó como el rosario de la aurora, fue el famoso crítico literario Leopoldo Alas, *Clarín*<sup>13</sup>, al que Lázaro consideraba un

<sup>11</sup> V. notas 3 y 6.

<sup>12</sup> V. nota 3.

<sup>13</sup> V. nota 1.

tanto pesetero y con la boca de un fraile. Llegó a publicar siete trabajos en 1889 y en 1890, uno de ellos «Sinfonía de dos novelas», avance de las que iba a editar, *Su único hijo* y *Una medianía*.

La ruptura se produjo porque Lázaro le anunció que demoraba la publicación de un artículo que le había enviado sobre la *Poética*, de Campoamor, hasta la publicación de otro que le pedía sobre dos novelas de la Condesa de Pardo Bazán, a la que, por otra parte, esperaba tratara con consideración. No era justo «lastimar los derechos que los que constantemente escriben en la revista tienen a que nos ocupemos de sus obras».

Lázaro no estaba dispuesto a abdicar del derecho de dirigir su revista e imprimir al contenido el rumbo que estimara más conveniente para su éxito intelectual y comercial, porque la idea era suya y los gastos corrían a su cargo. Y así se lo hizo saber en una carta enérgica que disgustó a *Clarín*. Éste, en uno de sus característicos rasgos de orgullo, atacó a Lázaro en un *Folleto literario* porque había tenido la osadía de indicarle, a él, el tema de sus artículos, sin respetar los fueros del crítico. La reacción de Lázaro fue devolverle los originales y borrar su nombre de la revista para no darle motivo alguno, ni grato ni desagradable, y naturalmente no volver a aceptar su colaboración que *Clarín*, arrepentido al cabo de los años, ofreció de nuevo.

Si fracasó su relación con *Clarín*, en el primer año de actividad editorial consiguió contratar doce artículos con Juan Valera, diez con doña Emilia, ocho con Menéndez Pelayo, cuatro con Galdós, Palacio Valdés y José Echegaray y dos con los políticos Castelar, Cánovas, Silvela y Pi y Margall, aunque sólo llegó a recibir y publicar veintidós de estas cincuenta colaboraciones. También logró mantener durante su vida de editor muy buenas relaciones con hombres de la Institución Libre de Enseñanza, que estaban, como él, interesados en mejorar la educación del país. Me refiero a una serie de catedráticos universitarios de ciencias sociales, en general, y derecho en particular, materias, por otra parte, en las que Lázaro se movía con soltura y cuyo cultivo podía proporcionar mayores ingresos económicos por ser bastantes los juristas profesionales y consiguientemente probable la venta de este tipo de libros. Gracias a ellos debió de conseguir, si no sanear financieramente la editorial, que padecía grandes pérdidas, al menos reducirlas y recuperar una parte mayor del dinero invertido. Con esta finalidad recurrió a la publicación de manuales que pudieran ser utilizados como libros de texto en las facultades de derecho, las que contaban con mayor alumnado. No resultó tan positiva la aventura que emprendió con ellos de publicar dos revistas: *La Nueva Ciencia Jurídica* y la *Revista de Derecho y Sociología*.

Un puesto principal le corresponde a Adolfo González Posada, catedrático de derecho político y administrativo en Oviedo, que dirigió la *Revista de Derecho y Sociología* y colaboró en las otras dos, aunque en mayor cantidad en *La España Moderna*, donde llegó a publicar un centenar de trabajos. Tradujo más de media docena de libros para la editorial, que le publicó (1893) su libro *La Administración*.

También ocupó un lugar destacado en este grupo Pedro Dorado Montero, catedrático de derecho administrativo en Granada y luego de derecho penal en Salamanca. Colaboró en las tres revistas y principalmente en *La España Moderna*, donde aparecieron unos doscientos trabajos suyos. Hizo una decena

de traducciones para Lázaro, que le editó tres libros: *Concepción Arenal, El reformatorio de Elmira* y *Problemas jurídicos contemporáneos*.

Un tercer puesto corresponde a Adolfo Álvarez Buylla, catedrático de economía política y hacienda en Oviedo, que en 1901 se trasladó a Madrid para trabajar en el Instituto de Reformas Sociales. Colaboró también en las tres revistas, tradujo dos obras y fue coautor de un tratado de *Economía*, editado por la editorial.

Cabría aún citar otros nombres de institucionistas ligados a Lázaro por sus colaboraciones y traducciones, como el catedrático de derecho internacional de Valencia Aniceto Sela, el secretario del Museo Pedagógico y luego catedrático de derecho español, de Oviedo, Rafael Altamira, Conancio Bernardo de Quirós, Gumersindo de Azcárate y Álvaro de Albornoz.

La vida de la revista *La España Moderna* se prolongó algo más de un cuarto de siglo, desde enero de 1889 hasta diciembre de 1914. Durante estos veintiséis años su editor, a pesar de las informalidades de los autores, de las dificultades de comercialización y de las necesidades financieras, no dejó de presentar con puntualidad un número cada mes, y así la colección consta de 312 volúmenes, con algo más de 200 páginas cada uno, de 25 centímetros de altura, lo que totaliza unas 65.000.

En las 2.500 páginas del primer año hay textos de 61 colaboradores, todos españoles o hispanoamericanos, a excepción de tres, entre ellos el hispanista francés Alfred Morel Fatio.

En el año siguiente, el número de colaboradores aumentó ligeramente. Hay nombres españoles nuevos, pero la nota destacada de este segundo año es la aparición de autores extranjeros, cuya colaboración en la revista ha de ser muy importante en los años sucesivos. El volumen de las traducciones fue tan grande que Lázaro se decidió a lanzar en 1894 una nueva publicación, la *Revista Internacional*, que duró un año, dedicada exclusivamente a traducciones, donde, en el sentir del propio editor, aparecían un fárrago<sup>14</sup> de éstas, hechas de cualquier modo. Salía los días 15 de cada mes, con un formato y extensión similares a los de *La España Moderna*, pero con la composición normalmente a dos columnas. Se proponía dar a conocer, en correctas traducciones castellanas, las novelas y los estudios de crítica, filosofía, jurisprudencia, bellas artes, etc. de mayor interés.

La estructura de *La España Moderna* respondió al siguiente esquema: un relato o una novela corta distribuida en varias entregas; una poesía, notas bibliográficas firmadas por especialistas, crónicas, secciones y artículos.

Las crónicas eran ocasionales. Unas veces se referían a temas americanos, otras a temas literarios y otras a temas de carácter general.

Los artículos, sin ningún aparato crítico o erudito, trataban temas de gran variedad: históricos (arte, literatura, historia, política, ciencia, etc.); de literatura y filología; de religión, política y derecho; de psicología y sociología; de medicina, economía, agricultura y organización militar. En ocasiones se distribuían en dos o más números, pues la extensión de una colaboración, en el sentir de Lázaro, no debía sobrepasar los dos pliegos, una treintena de páginas.

<sup>14</sup> V. nota 6, p. 113.

El contenido de la revista podemos agruparlo en varios apartados. En primer lugar, el literario, que incluía una poesía y un relato. Entre los poetas están los entonces considerados más grandes del siglo XIX (Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor), Manuel del Palacio, Gabriel y Galán, Eugenio Noel y Unamuno, e hispanoamericanos como Jorge Isaacs, Ricardo Palma, Rafael Obligado, Santos Chocano y Rubén Darío, entre otros muchos, principalmente españoles. Abundaban también las traducciones de escritores franceses, sin que faltaran algunos ingleses y alemanes.

Las narraciones, en su mayoría, fueron traducciones de autores extranjeros, 58, frente a los 42 españoles. Naturalmente, entre los primeros sobresalían por su número (22) los franceses, seguidos por los rusos (12) y, a respetable distancia, por los norteamericanos e ingleses (5), nórdicos (4), italianos y alemanes (3 cada uno) y polacos y portugueses (sólo dos cada uno). El autor con más obras fue Daudet (30), seguido de Turguenev (18), Tolstoi (14), nuestra Condesa de Pardo Bazán (11), Teodoro de Banville (10) y Chejov y Richepin, con siete cada uno. Los españoles, salvo contadas excepciones como la Pardo Bazán, Galdós y *Clarín*, fueron escritores de poca categoría, que contribuyeron con una sola colaboración.

Sin embargo, este cuadro no es representativo de toda la vida de la revista. Los escritores franceses fueron desapareciendo a partir de 1893 y dejaron de aparecer antes del inicio del siglo XX. Lo mismo sucede con Ibsen y los rusos Tolstoi y Turguenev, si bien de Dostoyewski aparece una obra en el siglo XX, lo mismo que todas las publicadas de Gorki, Merjkowski y Chejov. Los polacos Enrique Sienkiewicz y Wenceslao Sieroszewsky, el inglés y los americanos Oscar Wilde, Edith Warthon, Marck Twain y Francis Bret Harte, aparecen también en la primera década del siglo XX.

Entre los temas tratados en la revista destacan los de carácter literario por el gran número de lectores que tenían. A ellos se dedicaban muchas reseñas bibliográficas, que fueron firmadas por Rafael Altamira, Teodoro Llorente, autor también de muchas traducciones poéticas, González Posada, Álvarez Buylla, Edmundo González Blanco, *Clarín*, Valera, Menéndez Pelayo e Ixart, entre otros. La sección de «Impresiones literarias», que firmó durante cinco años Francisco Fernández Villegas, fue la sucesora de la iniciada por *Clarín*, y la predecesora de la «Crónica literaria» que durante tres quinquenios redactó Eduardo Gómez del Baquero. Junto a ellas, crónicas de las literaturas regionales.

La historia de la literatura española fue cultivada por críticos de tanto prestigio como Emilio Cotarelo, Menéndez Pelayo, Bonilla y San Martín, Eduardo Ovejero, Adolfo de Castro y Julio Cejador. No faltaron críticos e hispanistas extranjeros como Maurice Legendre, Fitzmaurice-Kelly y Gastón París, ni trabajos de españoles ni de extranjeros, como la mencionada Condesa y Zola, que escribieron sobre movimientos literarios y obras de otras literaturas.

También encontró su hueco en la revista la historia política, especialmente la del siglo XIX, más atractiva, por su proximidad, para los lectores, o la que tuvo actualidad temporal como el descubrimiento, conquista y colonización de América, como motivo del IV centenario del descubrimiento y del desastre del 98. El colaborador más habitual en estos temas fue Juan Pérez de Guzmán, con medio centenar de trabajos. A él le siguieron el arqueólogo José Ramón Mélida, el arabista Guillén Robles y el político Antonio Cánovas del Castillo.

La actualidad americana fue comentada en secciones fijas, además de la citada, como «Revista ultramarina», «Lecturas americanas» y «La América moderna», que siguieron a la primera. Una atención destacada merecieron la situación colonial y el desastre en colaboraciones especiales a cargo, entre otros, del político Segismundo Moret y del almirante Montoto.

Se ocupó la revista de cuestiones sociológicas, con trabajos de Adolfo G. Posada y Concepción Arenal; de los partidos políticos y de la entonces llamada cuestión obrera en varios artículos, entre los que cabe destacar el de Pablo Iglesias sobre «El partido socialista en España»; de educación, con trabajos de Leopoldo Palacios, Posada y Altamira; del ejército y cuestiones militares, etc.

También se ocupó de la pintura, destacando los trabajos de Carlos Justi traducidos por Ovejero sobre su historia; de la arquitectura, con colaboraciones de Vicente Lampérez, y de música. No faltaron tampoco artículos sobre ciencia y técnica, aunque no pasaron de la simple información. Falló la colaboración prometida e iniciada en 1894 por José Echegaray, pero a la divulgación técnica le dedicó unos artículos durante varios años Joaquín Olmedilla Puig.

Cultivó, finalmente, la revista el género ensayístico, en el que hay que incluir colaboraciones de la Pardo Bazán sobre «La mujer española», de Eduardo Caro sobre «El pesimismo en el siglo XIX», «El discurso a la nación alemana», de Fichte, traducido y prologado por Altamira; los diversos trabajos de Edmundo González Blanco sobre la religión en España o el anarquismo; los de Unamuno ya citados, y los estudios penales de los italianos Lombroso y Ferri y de los españoles Dorado y Salillas.

No fue *La España Moderna* la única revista publicada por Lázaro. Además de la *Revista Internacional*, a la que nos hemos referido, editó dos, consagradas al derecho, que tuvieron corta vida.

La primera fue *La Nueva Ciencia Jurídica*, de la que salieron doce números en 1892. Llevaba como subtítulo *Antropología. Derecho*, y apareció en fascículos mensuales de 64 páginas. Figuraba como su editor propietario Lázaro y en ella colaboraron, entre otros, Concepción Arenal, César Silió, Rafael Salillas, Adolfo Posada, Manuel Torres, Rafael Altamira y los italianos, que serían plato fuerte del catálogo de la editorial, César Lombroso, Enrique Ferri, Manuel Carnevale y José d'Aguanno.

La segunda fue la *Revista de Derecho y Sociología*, creada con el propósito de reflejar el movimiento jurídico y sociológico contemporáneo. Los números mensuales, de los que sólo salieron seis, eran de 128 páginas y contenían artículos, reseñas bibliográficas, consultas y comentarios sobre las sentencias de los tribunales. La dirigió Adolfo G. Posada, profesor de la Universidad de Oviedo, y figuraban como colaboradores los también profesores universitarios Pedro Dorado, de Salamanca; Adolfo A. Buylla, de Oviedo, y Francisco Blanco, de Granada, además de Joaquín Costa, cuyo título era el de notario de Madrid.

Lázaro inició la edición de libros en 1891<sup>15</sup>, año en que aparecieron 34 obras, 24 biografías de escritores: una autobiografía, la de Wagner, y nueve novelas, seis rusas (cuatro de Tolstoi, una de Turguenev y una de Dostoyewski)

<sup>15</sup> Asún, Raquel, «La editorial de España Moderna», en *Archivum*, 1981-1982.



y tres francesas: una de Barbey d'Aurevilly, otra de los Goncourt y otra de Zola.

Las biografías, de escaso volumen, se agrupaban en una colección que llevaba el nombre de *Extranjeros Ilustres* y se denominó, cuando también fueron españoles los biografiados, *Personajes Ilustres*. Su precio fue de una peseta, aunque la del Padre Coloma costaba dos y la de Hipólito Taine, publicada en 1893, sólo 50 céntimos.

En el primer año se publicaron doce de escritores franceses, todas escritas por Zola, y otras tantas de escritores españoles del siglo XIX. Entre ellos los dramaturgos, como es natural dadas las valoraciones que entonces prevalecían, ocupaban el primer puesto (Ventura de la Vega, Hartzenbusch, Martínez de la Rosa, Ayala y Tamayo y Baus), seguidos por los poetas (Núñez de Arce, Zorrilla y Campoamor) y por los novelistas (Padre Coloma y Alarcón). Se incluían en la colección, además, las biografías de Antonio Cánovas del Castillo, muy amigo de Lázaro, y la del Padre Claret. Los autores de las biografías fueron, a su vez, personas ilustres: la Condesa de Pardo Bazán, que hizo tres, Menéndez Pelayo, responsable de dos, como Isidoro Fernández Flórez (*Fernán-Flor*), mientras que los demás, entre los que figuraban don Juan Valera y Campoamor, sólo escribieron una.

La colección no debió de marchar tan bien como se esperaba porque su ritmo decreció: en 1892 sólo aparecieron cuatro biografías de extranjeros y dos de españoles. Por cierto que los autores de éstas ya no son escritores famosos, sino intelectuales ligados a la Institución Libre de Enseñanza; Ricardo Becerro de Bengoa y Pedro Dorado Montero.

El conde León Tolstoi inauguró una serie de libros de más páginas, del mismo formato y de mayor empeño que se vendían a 3 pesetas. Se trata de la *Colección de Libros Escogidos, que llegó a contar con 140 títulos y en la que se incluyeron, junto a numerosas novelas, memorias, libros históricos, sobre arte, política, literatura, filosofía y derecho. El número uno de la colección fue La sonata de Kreutzer*, que previamente había aparecido en la revista en tres números, a la que siguieron *Marido y mujer*, también publicado en dos entregas, y otras dos novelas (*Dos generaciones* y *El ahorcado*), que no pasaron por las páginas de la revista. De Tolstoi la revista llegó a publicar 13 obras y la editorial 23, entre 1891 y 1894, de las cuales ocho lo fueron primero en la revista y el resto salieron directamente en forma de libro. Siete fueron las primeras ediciones en castellano, aunque la traducción no se hacía del ruso, sino del francés.

De Turguenev se publicó en este primer año *Humo*, con un estudio de la Condesa de Pardo Bazán, pero la obra ya había sido editada en la *Revista Contemporánea*. La editorial llegó a editar 12 obras de Turguenev, entre 1891 y 1894, salvo *Tierras vírgenes*, que apareció en 1899. Cinco se incluyeron previamente en la revista y dos más lo fueron por primera vez en castellano.

También en este primer año apareció *La casa de los muertos*, de Dostoyewski, a la que siguió al año siguiente *La novela del presidio*, ambas publicadas por primera vez en castellano. No fue comprendido el valor de la novelística de Dostoyewski, pues la editorial no volvió a publicar ninguna otra en forma de libro e incluso posteriormente se pasaron a una nueva colección de obras de derecho. Es que Dostoyewski interesó más por su testimonio como

sociólogo y por su pensamiento como penalista, que por sus creaciones novelescas. No obstante, la revista publicó tres relatos más.

*La España Moderna* dio a conocer en España al francés Barbey d'Aurevilly con la publicación en 1891, primero en la revista y luego en forma de libro, de la novela *El caballero Destuches*. A ésta siguieron, entre 1891 y 1894, cinco obras más.

De los hermanos Goncourt la editorial llegó a publicar doce obras, todas inéditas en castellano, siendo la primera *Querida* (1891), que previamente había aparecido en la revista, donde también se publicaron algunos fragmentos de *La señora Gervaisais* (1894). Después de 1894 aparecieron cuatro obras, la última de las cuales fue *La mujer en el siglo XVIII* (1912).

Emilio Zola, autor muy conocido en España cuando *La España Moderna* inició sus actividades, fue uno de los favoritos de ésta, que publicó 23 obras suyas. Trece eran pequeñas biografías de escritores franceses, siete fueron estudios literarios fundamentalmente sobre el naturalismo, y tres, novelas. La última obra, *Los hombros de la marquesa*, apareció en 1894.

En el segundo año (1892) el número de obras aumentó considerablemente: 41 títulos, de ellos 22 franceses: seis de Zola, uno de Barbey d'Aurevilly y tres de los Goncourt, más 12 de nuevos escritores franceses: Alfonso Daudet, se inició con su novela *Jack* en dos volúmenes, cuya aparición coincidió con otra hecha por la editorial Sáez de Jubera. A ella le siguieron *La evangelista*, *Novelas del lunes* y *El sitio de París*, primeras ediciones en castellano. En años sucesivos la editorial publicó tres obras más y en la revista aparecieron treinta relatos. La no insistencia en nuevas ediciones de obras de Daudet en forma de libro a partir de 1894 se debió a la proliferación de ediciones en otras editoriales españolas.

De Víctor Chervuliez aparecieron en el año 1892 tres obras y al año siguiente dos más, que no debieron de tener gran éxito de venta. De Gustavo Flaubert se publicó en este año la novela *Un corazón sencillo*, que había sido incluida previamente en la revista. También apareció una obra de Honorato de Balzac, *Eugenia Grandet*, inédita en castellano, y cuatro más en el siguiente, al parecer también inéditas.

De Ernesto Renán aparecieron dos obras autobiográficas (*mi infancia y juventud* y *Memorias íntimas*). Posteriormente, *Estudios de vida religiosa* (1894) y *Vida de los santos* (1895). Por último, del crítico Sainte-Beuve se publicó en este año, en forma de libro, después de haber sido dado a conocer en la revista, *Tres mujeres*, y posteriormente otras dos obras.

En 1892 aparecieron en la Editorial diez novelas rusas: seis de Tolstoy, tres de Turguenev y una de Dostoyewski, de los que ya habían aparecido obras en el año anterior. También se publicaron tres dramas, en dos volúmenes, de Ibsen: *Casa de muñecas* y *Los aparecidos* y *Helda Gabler*, dados a conocer previamente en la revista, lo mismo que los otros dos dramas que aparecieron años más tarde en su solo volumen, *La dama del mar* y *Un enemigo del pueblo*. Fueron las primeras ediciones de Ibsen en castellano. Del poeta alemán Heine se publicó en este año *Memorias*, que parcialmente habían aparecido en la revista. Ocho años más tarde se publicó *Alemania*, que, como la anterior, estaba inédita en castellano.

Por otro lado, en este año aparecen, junto a las obras literarias, otras de pensamiento que terminarían caracterizando el fondo editorial. Por ejemplo,

dos obras de Ferri y Lombroso. Del primero, *Antropología criminal*, a la que siguió al año siguiente *Nuevos estudios de antropología*, agotadas pronto. Del segundo, *Antropología y psiquiatría*, y posteriormente cinco obras más en años sucesivos. Los temas de derecho penal y antropología fueron objeto de especial atención en la revista, donde aparecieron más de sesenta trabajos, y en la editorial por influencia del penalista Pedro Dorado, al que nos hemos referido antes.

Igualmente las obras de dos ingleses, el pensador y economista John Stuart Mill y el político e historiador Thomas B. Macaulay, anuncian el futuro interés de *La España Moderna* por obras no literarias. Del primero la Editorial publicó *Mis Memorias* y ya en 1906 *Estudios sobre religión*; del segundo, *Estudios jurídicos*, traducidos por Rafael Altamira y, entre 1897 y 1900, *La educación y vida, memorias y cartas*. La relación de obras publicadas en 1892 se cierra con el *Derecho Administrativo*, de Meyer, traducido por Adolfo González Posada y una biografía de Martín Alonso Pinzón publicada para conmemorar el IV centenario del descubrimiento de América a la que siguió en 1893 otra de Fernán Caballero, realizadas ambas por José María Asensio.

En 1893 la editorial, por inercia, publicó 24 obras de diez escritores franceses que ya figuraban en su catálogo. También 15 obras de los rusos Tolstoi y Turguenev. A estas 29 hay que añadir dos novelas de autores franceses (François Coppé y Victorien Sardou), dos antologías (*Ramillete de cuentos* y *Tesoro de cuentos*), un libro sobre salones franceses, de Sofía Gay, las *Obras Completas* del poeta, amigo de Bécquer, Augusto Ferrán y Forniés, por el que Lázaro sentía una especial predilección, y *Doloras y Ternezas y flores*, de Campoamor.

A la *Colección de Libros Escogidos* siguió la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia* de mayor formato que las anteriores, el mismo de la Revista, 25 cm. de altura, y con muchas más páginas por lo que no fueron infrecuentes las obras con varios volúmenes. Un caso máximo es el *Derecho civil, teórico y práctico*, de Francisco Ricci, con 20 tomos, que se vendía a 140 pesetas. El nombre de la colección indica el nuevo rumbo, un cambio de 180 grados, que Lázaro quería dar a su empresa orientándola a obras de pensamiento, fundamentalmente a las ciencias sociales, y continuando los estudios históricos y de filosofía o ensayísticos sobre cuestiones generales.

Fue la de mayor número de volúmenes, pues incluyó 434 obras, que llegó a publicar en unos veinte años a un ritmo más lento, 20 por año, que en el primer quinquenio. Su último número fue el 608, pero los 174 primero quedaron reservados a las primeras colecciones: *Extranjeros* y *Personajes ilustres*, y a la de *Libros escogidos*. En ella predominaron las obras traducidas, de ciencias sociales, bajo la influencia de los profesores de la Institución Libre de Enseñanza, sin que faltaran biografías, obras de medicina, religión, filosofía, psicología, retórica e incluso de aventuras, como el libro de R. Amundsen, *El polo sur*, uno de los últimos en aparecer.

Poco a poco Lázaro se fue cansando de la revista y de la editorial y al finalizar 1914 cerró la primera y entregó en depósito los fondos de la segunda a la Editorial Renacimiento, que unos años antes, en 1910, habían creado Gregorio Martínez Sierra y José Ruiz Castillo con dinero facilitado por Vito-

rino Prieto. A partir de este año se ralentizó la producción de libros para suspenderse definitivamente antes del final de la década, en una fecha imprecisa.

La motivación parece ser varia. Por un lado, el que la labor de bibliófilo y de coleccionista de arte le proporcionaba prestigio y satisfacciones suficientes; por otro, el cansancio y pérdida de las ilusiones que en la edad moza se habían forjado y la aparición de competidores, como la *Biblioteca de Derecho y Ciencias Sociales*, de Victoriano Suárez, la *Biblioteca Científico-Filosófica*, de Daniel Jorro, institucionista como Antonio Zozaya su principal colaborador, y la *Biblioteca de Filosofía y Sociología*, de Bernardo Rodríguez Serra. Por último, el cambio experimentado en el mundo en un cuarto de siglo. Habían ido desapareciendo grandes autores admirados por Lázaro, como Núñez de Arce, Campoamor, Echegaray, Menéndez Pelayo o Valera, y se había consolidado una nueva generación, la del 98, con una mentalidad muy distinta. Sus miembros no frecuentaban los salones de la aristocracia o de la alta burguesía, sino las tertulias cafeteriles y su rebeldía y aspereza les hacía poco aptos para el trato social que gustaba a Lázaro. Por ello no sorprende que la generación de 98 esté representada en *La España Moderna* sólo por un artículo de Azorín y otro de Maeztu.

La creación de *La España Moderna* no se debió, como afirmaba Unamuno, a motivos quijotescos. Mejor quedaría definida la motivación como romántica, pues, a mi entender, obedecía a la propia satisfacción intelectual, a un afán generalizado por la difusión cultural, al gusto, propio de un buen lector, de tratar y proteger a los autores literarios y a los intelectuales, y a la consecución del respeto y consideración de un mecenas. En efecto, no quiso utilizar el mucho dinero que ganaba para obtener poder político, sino para lograr admiración en los ambientes cultos y artísticos. Una de sus grandes satisfacciones era participar en importantes exposiciones con obras de su colección y se sintió complacido en extremo cuando fue nombrado presidente del Congreso de Historia del Arte que tuvo lugar en París en 1921.

No se propuso Lázaro como objetivo de su empresa la obtención de beneficios económicos porque contaba con recursos suficientes para asumir las pérdidas que, por otro lado, procuraba fueran las menores. Con la intuición de un empresario moderno, se propuso la supervivencia, que la empresa se mantuviera viva y que sus productos, la revista y los libros, lograran la mayor difusión y proporcionaran ideas nuevas y satisfacciones intelectuales en los medios cultos de habla española.

Lázaro, a diferencia de los editores anteriores que disponían de un taller de imprenta propio y eran principalmente impresores, no contó con un taller y fue el primer gran editor moderno que no mantuvo una actitud pasiva en espera de lo que los ocasionales autores quisieran ofrecerle. Encargaba las obras a los autores de su predilección y mandaba traducir las que trataban de los temas que le interesaban. Las corregía y las entregaba a un taller para su composición, impresión y encuadernación, ocupándose él posteriormente de la venta.

Por otra parte, cuando Lázaro se lanza a su aventura editorial, no abundaban en España los editores y los existentes eran, en general, aventureros improvisados. Normalmente el autor se pagaba la edición de su libro y le confiaba la venta a un librero. Éstos también solían meterse en aventuras editoriales, pero centradas en libros de texto o en manuales prácticos de uso

frecuente y, por lo tanto, de venta segura. En cambio, escaseaban los editores de obras literarias, que, por otra parte, no eran bien vistos de los hombres de letras, a los que gustaba hacer chistes sobre ellos, como si de caseros o suegras se tratara. Decían, incluso, que para ser editor no hacía falta saber leer o escribir, aunque en el fondo estos conocimientos no les estorbaban, como no hacía falta beber vino para ser tabernero.

La imagen que quiso dar Lázaro de su actividad editora era completamente distinta de la de un impresor, un librero o un editor al uso. La suya era la empresa de una persona culta y educada, que recibía en una casa elegante, que gustaba de la conversación de personas inteligentes y que estaba a la altura social e intelectual de sus colaboradores.

No fue el suyo un camino de rosas por el mundo de la edición. Tuvo dificultades para colocar los libros y las revistas en el mercado americano, en el que los libros españoles no habían podido penetrar profundamente por estar dominado por el libro francés. Tampoco había mercado suficiente en España para sus libros. Confiesa, en una ocasión, que los parlamentarios, uno de los pocos grupos que podían ser lectores potenciales de sus libros, eran incapaces de echarse a la espalda uno de 500 páginas, y hablando de un proyecto editorial dice al hispanista Fitzmaurice-Kelly: «Sé que esto será un mal negocio, pero me daré por contento si logro propagar la cultura entre los individuos de mi raza» (1898)<sup>16</sup>.

Buscando soluciones para la supervivencia de su empresa recurrió a la interacción entre las revistas y la editorial. Muchos de los libros aparecieron primero, total o parcialmente, en una de las revistas, normalmente en *La España Moderna*, y después en forma de libro. De esta manera, se aprovechaban los gastos de adquisición de derechos de autor y de traducción y al mismo tiempo las revistas servían de promoción del libro. La colección de *Libros Escogidos* se nutrió de las traducciones publicadas en *La España Moderna* y en la *Revista Internacional*, lo mismo que la *Biblioteca de Jurisprudencia* surgió de los autores y de las obras publicadas y comentadas en *La Nueva Ciencia Jurídica* y en la *Revista de Derecho y Sociología*.

Intentó ganar el mercado de los libros de texto y pretendió hacer uno para cada una de las asignaturas de derecho; pero no le respondieron la mayoría de los catedráticos a los que se dirigió y tuvo que recurrir a traducciones de manuales extranjeros con prólogos y notas de españoles. Sin embargo, sólo en la Universidad de Oviedo, donde eran mayoría sus amigos institucionistas, tuvieron buena salida.

Pendiente de su prestigio, no quiso ni pensar en bajar la calidad de la edición ni en tirar los precios de sus libros, que resultaban caros frente a los de otras casas que no pagaban tanto a los autores, a los traductores, a los prologuistas y a los anotadores o a los impresores. Por ello dedicó tiempo a las cuestiones mercantiles y, como no deseaba estar en contacto con todos los libreros o vender directamente al público, función más de librero, se puso en contacto con los distribuidores entonces más populares, como Fernando Fe, Victoriano Suárez, Pueyo y Sáez de Jubera.

Resumiendo para cerrar, que ya es hora, diremos que don José Lázaro fue uno de los grandes editores españoles del siglo XX. El otro fue Manuel

<sup>16</sup> Carta de Lázaro a Fitzmaurice Kelly, en el trabajo citado en la nota anterior.

Rivadeneira, el editor de la Biblioteca de Autores Españoles, que tanto facilitó la lectura y el conocimiento de nuestros clásicos. Las preocupaciones de Lázaro, como hemos visto, no se orientaron hacia el mejor conocimiento del pasado, sino hacia la actualidad. Quería que se conociera el pensamiento vivo en España y quería que los españoles estuvieran al tanto de las corrientes literarias y de pensamiento que surgían fuera de nuestras fronteras.

Hay que encuadrar, por consiguiente, a Lázaro dentro de la serie de los grandes editores educadores, que inició con brillantez en el propio siglo XV el italiano Aldo Manucio, empeñado en dar a conocer, en sus textos originales, a los escritores griegos y latinos, y de los que fueron ejemplos sobresalientes los españoles Antonio Sancha en el siglo XVIII, que, en su afán patriótico de imprimir lo mejor de la literatura castellana, sacó a la luz por primera vez obras tan valiosas como las de Berceo o el *Poema del Cid*, y ya en el XIX el catalán Antonio Bergnes de las Casas y su discípulo el mencionado Rivadeneira. Avanzando un poco más, la obra de Lázaro puede compararse con la de José Ortega y Gasset, con el que compartió la idea de la educación de los españoles a través de su europeización, y que inició sus actividades editoriales cuando Lázaro había paralizado prácticamente las suyas.